

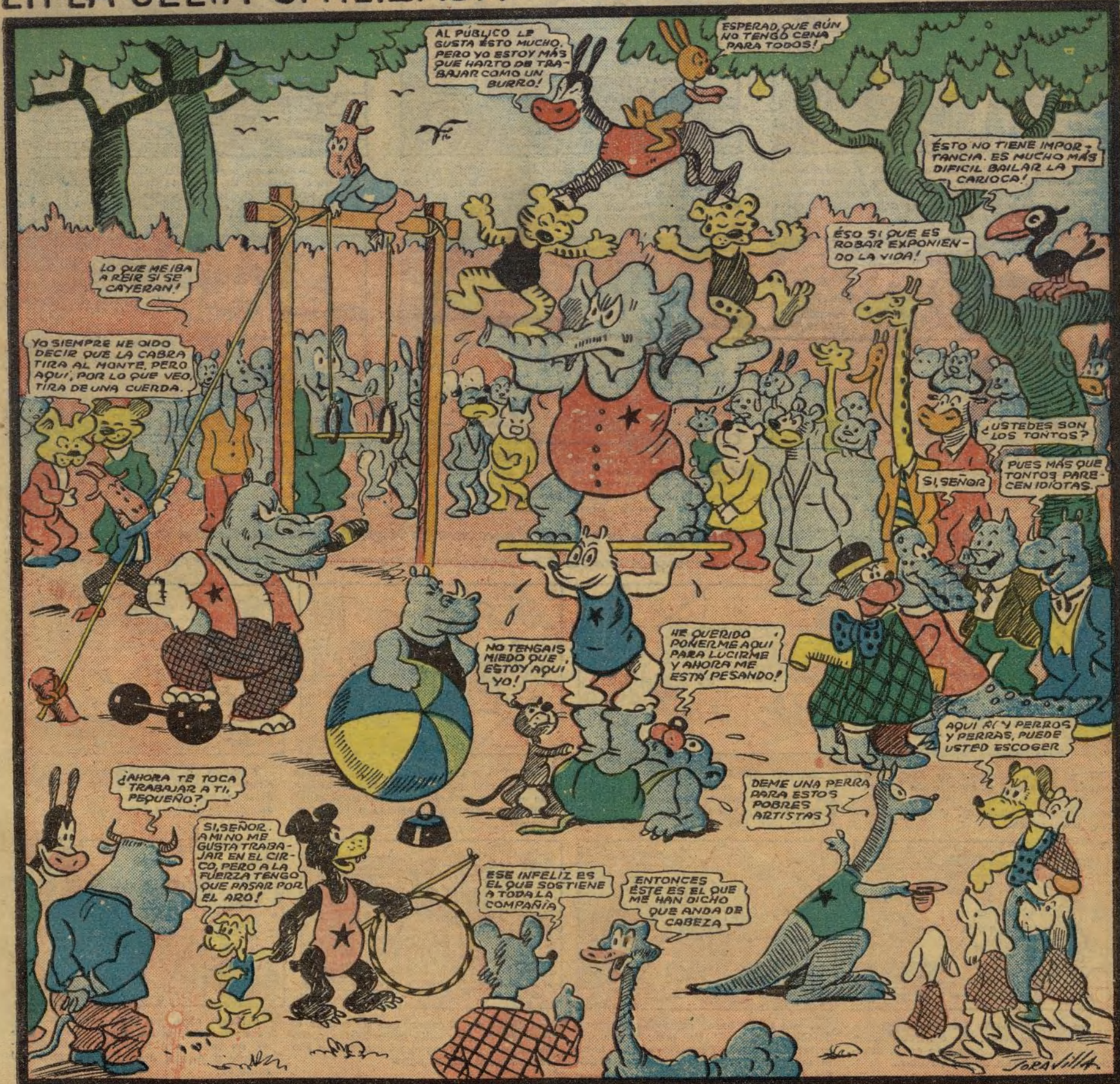


AÑO VI.—NUM. 314

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)
MADRID—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

16 de mayo de 1935

EN LA SELVA CIVILIZADA—TITIRITEROS



Andanzas de Miguelín

EN BUSCA DE FAMA Y FORTUNA

SALVAMENTO ARRIESGADO



En su viaje de regreso a la finca del señor Ran-
hall, Miguelín divisó a lo lejos una canoa que bajaba
arrastrada por la rápida corriente del río. "¡Eh, por
allá viene Maruja! ¡Tal vez me trae algún recado de
su padre! La esperaré".



Refrenando su caballo, Miguelín aguardó a que
se acercara la hilla del granjero; pero de pronto ob-
servó con espanto que la canoa zozobraba y se po-
nía quilla al sol. "¡Ha chocado con alguna roca ocu-
ta!", exclamó. "¡Está en grave peligro!"



A corta distancia se erguía, a la orilla del río, un
corpulento árbol, que extendía sus robustas ramas so-
bre la rápida corriente de las aguas. Miguelín se di-
rigió hacia él a galope, mientras Maruja, asida a la
canoa volcada, descendía río abajo.



El muchacho se apeó de su caballo, y comenzó a
trepar al árbol, pensando que la única esperanza de
salvar a su amiga estaba en que la corriente con-
dujese la canoa precisamente por debajo de las ca-
das ramas de aquel árbol.



Apoyando sus pies en salientes y hendiduras, lo-
gró Miguelín encaramarse sobre la rama más baja
tendida sobre las aguas. Tendió entonces su mirada
por el río, y vió que Maruja era arrastrada rápida-
mente hacia él con su canoa.



En un esfuerzo desesperado, nuestro héroe fué g-
teando a lo largo de la rama hasta colocarse en el
punto preciso. "No tengas miedo, Maruja", le gritó
a su amiga. "Aquí estoy para salvarte. Procura di-
rigir un tanto hacia aquí la canoa. ¡Yo te espero!"



Dicho esto, y después de calcular el sitio exacto
por donde su amiga había de pasar, Miguelín se su-
jetó bien con las piernas a la rama y se dejó caer
hacia atrás, temiendo que a cada instante la rama
arujese y le precipitase a él mismo en la corriente.



Colgado boca abajo, Miguelín vió a Maruja que se
desasía de la canoa y se dirigía nadando hacia él.
"¡Cuidado con las rocas!", le gritó, alarmado. Un mo-
mento después la muchacha estaba asida de los bra-
zos de su salvador. ¡Había pasado el peligro!



"¡Sube por mi cuerpo hasta la rama!", le dijo Mi-
guelín. Y Maruja, no sin esfuerzo, logró al fin ganar
la rama, y ayudó después a su amigo a incorporar-
se y sentarse junto a ella. "Sin tu ayuda, me hubiera
ahogado", murmuró ella. "¡Jamás podré pagártelo!"

No dejéis de leer en JEROMIN el próximo jueves la siguiente aventura de Miguelín titulada "La hija del granjero".

Un PERCANCE EN ALTA MAR

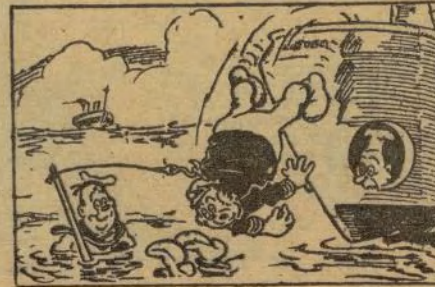
El marinero Nicanor no hacía muy
buenas migas con el capitán de su bar-
co, y continuamente estaba recibiendo
reprimendas y castigos, que le hacían
muy poca gracia.



Pero Nicanor había decidido pescar algo
de todas maneras, y lo consiguió, pues
el anzuelo se había prendido en la ame-
ricana del capitán de las patillas...



Como el simpático Nicanor sabía que
lo que más le molestaba a su capitán
era que se pescara desde el barco, re-
quirió sus aparejos de pesca para que
rabiase Don Pío.



... que fué a hacer compañía al hume-
decido pescador. "¡Un bote, un bote!",
gritaba Don Pío. Pero fueron dos botes
lo que vió a su llegada a la superficie
del mar: las...



Don Pío era el capitán, que, además
de muy mal genio, tenía unas patillas
que eran un encanto. Don Pío sorprendió
a Nicanor cuando empezaba a lanzar el
anzuelo.



... botas de Nicanor, que al recibir el
peso del capitán salió hacia arriba como
un cohete, mientras el patilludo Don Pío
se zambullía en el agua.



Y dando un tremendo empujón al ma-
rinerito le envió al agua, para que apren-
diese a no desobedecer a un superior,
aunque se llamase Pío.



"¡Hasta otra, mi capitán!", decía Ni-
canor cuando llegó a la cubierta del bar-
co, en tanto que Don Pío rugía deses-
perado y juraba desquitarse pronto del
remoión.



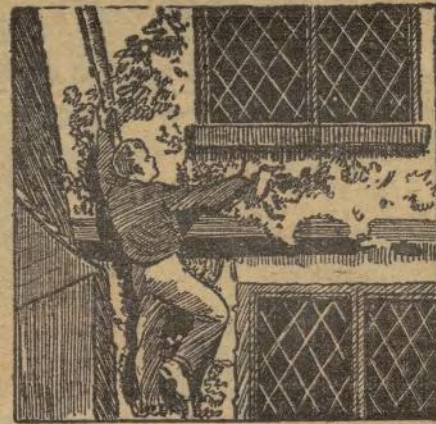
Resumen de lo publicado.—Martín presta sus servicios en la posada de "Las dos llaves". Cierta día ve que dos hombres traen a la posada a una niña, y poco después la oye pedir socorro desde una ventana.



En una de las ventanas de la posada de "Las dos llaves" apareció la niña Ruth Canter, forcejeando con uno de los hombres que la habían traído a aquella casa, y pidiendo auxilio a gritos, aterrorizada.



Desde la puerta de las cuadras del mesón, situadas al otro lado de la calle, Martín oyó alarmado los gritos de la muchacha, y, decidido con generoso impulso a acudir en su auxilio, echó a correr hacia la posada.



La puerta de la casa estaba cerrada y bien atrancada, pero esto no desanimó a nuestro amigo. Agarrándose al robusto tronco de una parra que trepaba pared arriba comenzó a gatear hacia lo alto.



Momentos después llegaba hasta la ventana, y mirando a través de sus vidrieras nad pudo distinguir en la obscuridad, ¿Estaría aún dentro la niña que había pedido socorro? Mientras esto se preguntaba requirió su navaja.



Con su hoja introducida entre los batientes quiso abrirlos, haciendo palanca, pero la herramienta era demasiado débil. Entonces con una violenta sacudida logró hacer saltar el pestillo, y penetró en la habitación.



Encendió uno de ellos y, elevándolo en alto, pudo advertir a su vacilante luz que la estancia estaba vacía y que una silla derribada era testimonio mudo de la reciente lucha que allí acababa de desarrollarse.



Pronto los ojos atónitos de Martín fueron a posarse en una hoja de papel tirada en el suelo junto a la silla derribada, y el muchacho se apresuró a recogerla. "¡Hola!", exclamó nerviosamente, apoderándose del papel. "¿Qué dirá este papel? ¿Quizás algo de lo pobre niña?"



La cerilla que sostenía iba consumiéndose, y casi le quemaba ya los dedos. Sacó, pues, otra, la encendió, y comenzó emocionado la lectura. "¡Me llevan al 'C'!", pudo leer con ojos dilatados por el pasmo. "¡Hem! ¡Esto lo ha escrito la niña, según lo que yo sospechaba! ¡Lástima que no haya podido terminar su escrito!"



Quedóse pensativo por un rato procurando descifrar el sentido de aquella misteriosa letra "C". De repente oyó ruido de pasos que se acercaban a la habitación, y rápidamente escondió en uno de sus bolsillos el papel que estaba leyendo. Luego se preguntó: "¿Quién podrá ser? Sería fatal que me encontrasen en esta habitación. Debo esconderme donde, sin ser visto, pueda enterarme de lo que pasa". Martín echó una mirada en su derredor, y rápidamente tomó una determinación salvadora. (Continuará.)

El próximo jueves, Martín hará un emocionante descubrimiento. No dejéis de comprar JEROMIN.

EL POBRE CITO DIABLO CIENTO



los siete. "Roba", aconsejó el segundo. Los otros cuatro le dieron asimismo el fruto de su sabiduría. "Miente", "Calumnia", "Injuria", "Haz todo el mal que puedas". Y los viejos secuaces de Luz-

Era un pobre diablo. Mejor dicho, era un pobrecito diablo. Satanás, príncipe de todos los diables, encargó al de nuestro cuento que saliera por el mundo. Cuando Alkrim, que así se llamaba el joven demonio, estuvo en disposición de lanzarse al mundo, siete diablos viejos, retirados ya de la mala vida y sólo utilizados para dar consejos, se encargaron de hacer subir al mundo al novicio, y, una vez en tierra firme, cada uno le dio su consejo: "Mata", le dijo el primero de

bel, luego de haber vertido en el bisonño tan saludables experiencias, trazaron un círculo en la arena, valiéndose de los rabos, y desaparecieron en las entrañas de la tierra.

Alkrim quedó solo en la superficie y con la perspectiva de tener que cumplir fielmente su misión. Pero ya hemos dicho que Alkrim era un pobre diablo que no sentía el menor entusiasmo por su destino.

No se sentía, por lo tanto, con fuerzas para robar, matar y calumniar. Era también un diablo bastante instruido, y pensó que los hombres le reconocerían al instante y no tendría más remedio que cumplir como diablo. A tal punto sus pensamientos, le llevaron a decidirse a buscar refugio entre los niños y mentir fingiendo males horrendos causados por él cuando enviase a la oficina de información de los infernos el estado mensual de sus desmanes.

Anduvo por los montes y las montañas en busca de los niños entre quienes convivir. Y una tarde vió desde el fondo del valle en flor, cortado por la línea blanquizul del río, un grupo de niños que en lo alto de la colina que dominaba el llano jugaban alegremente al cobijo de la sombra suave de un diminuto porche.

"¿Cuántos niños hay! — pensó el dia-

blo—. Entre ellos me confundiré y podré jugar y ser un niño más." Y en su anhelo por realizar presto su deseo se convirtió en gorrincillo para llegar más pronto a la colina.

Una vez allí, se transformó en niño y se unió al centenar de pequeñuelos de la escuela del pueblecillo.

Transformado en colegial, Alkrim jugó con los niños, gozando lo indecible y sin que sospecharan su infernal procedencia los pequeñines, a pesar de no haber



conseguido el buen diablo desterrar un sospechoso olorcillo a azufre.

La maestra era muy joven y muy linda. Se peinaba con unos tirabuzones, en los que el sol jugaba a esconderse y a aparecer entre los rizos. Tenía un aire encantador de virtud sana y una voz deliciosa que al pobre diablo le sonó a música de aquella que en los infernos hacía

taparse a los diablos la cabeza cuando cantaban los ángeles.

"Qué buena debe de ser—pensó Alkrim, completamente ganado por el encanto de la joven—. Seguro que me perdonará el ser diablo si se lo confieso y le digo mi ansia de poder dejar de serlo. Tal vez ella me ayude, y por lo menos podré jugar siempre con estos niños en lugar de sembrar el mal, como es mi destino."

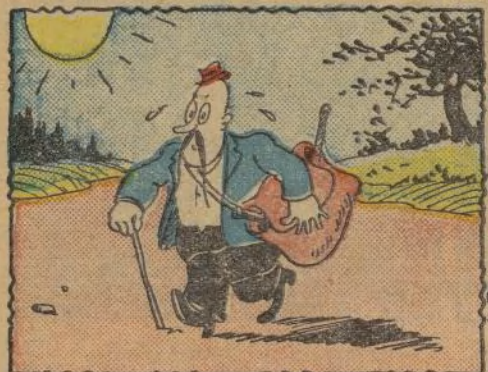
Y vencido y engañado por sus propios sentimientos, el pobrecito diablo se acercó a la joven y le dijo: "Señora, yo no soy un niño. Soy un pobre diablo que quiere dejar de serlo si tú me ayudas". Y no pudo seguir. La muchacha había dado un grito de angustia y se separó del diablo, llamando a los pequeñines, que huyeron con un apresuramiento de horror que ponía alas en sus pies.

Aykrim lloró. Era el primer diablo que lloraba. Y corrió detrás de todos, gritando: "No me huyáis, que quiero ser bueno; no me huyáis, que no he de haceros mal". Pero inútil. Sus pasos y sus quejas se perdieron, y allá quedó sólo y con el convencimiento de que los hombres jamás le perdonarían su triste destino.

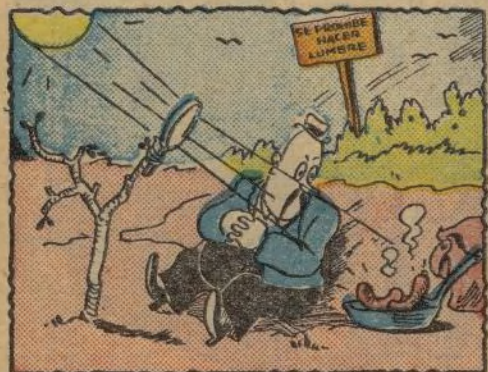
Entonces brilló un relámpago de cólera en sus ojos, y en la espalda le brotaron las dos negras alas del murciélago. Voló sobre las nubes y cayó ya siempre sobre los hombres, poniendo en práctica los consejos de aquellos siete diablos viejos que guiaron sus pasos.

Los hombres habían frustrado el primer intento bondadoso del pobrecito diablo que pretendió ser bueno.

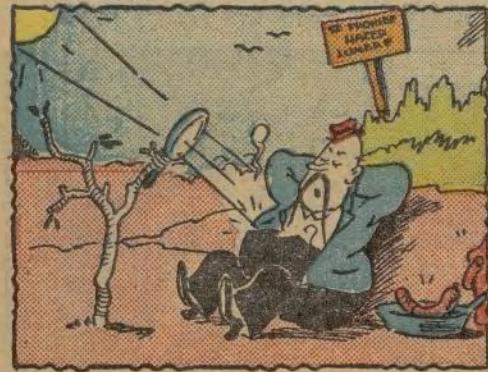
DON SEVERO AVENTURERO



Una tarde de sol espléndido salió don Severo provisto de sartén y de más utensilios para guisar en el par-



que, pero en el que estaba prohibido encender lumbre. Esto no era inconveniente, porque don Severo sabía



que con una lupa y el sol podía resolver el problema. Esperando que el guiso estuviese en su punto, se quedó

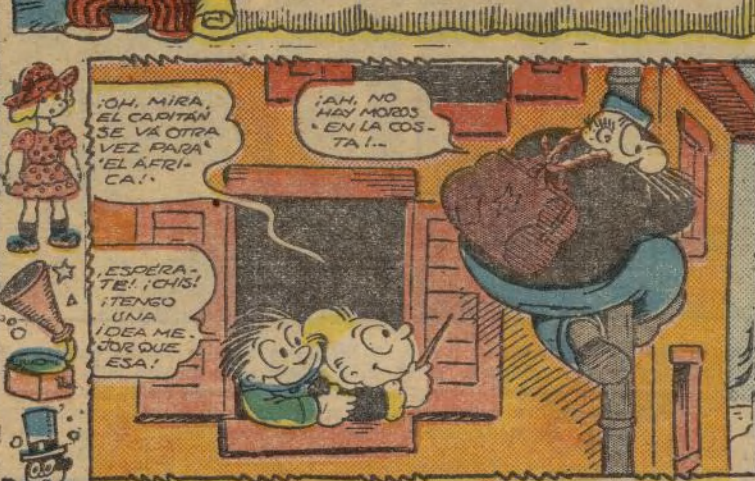


dormido, y al desviarse los rayos del sol empezaron a calentarle el estómago, pero pronto se vio envuelto en llamas y tuvo que pedir agua.

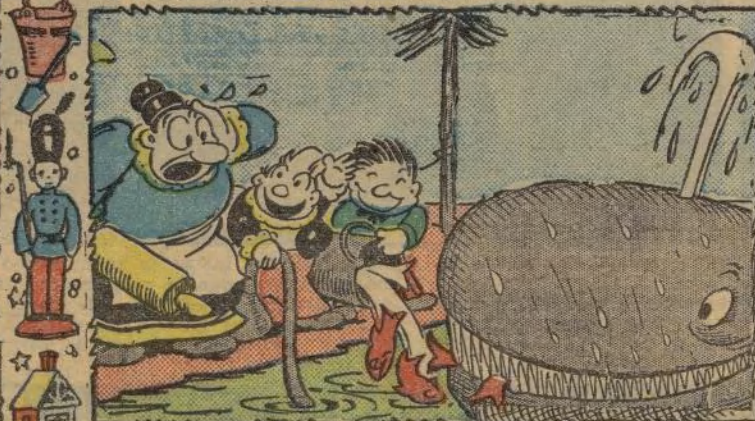


Laura y Kilómetro proseguían su ruta en busca de un nuevo amo, y el hambre, la sed y el cansancio les torturaban. ¡Pobrecillos!

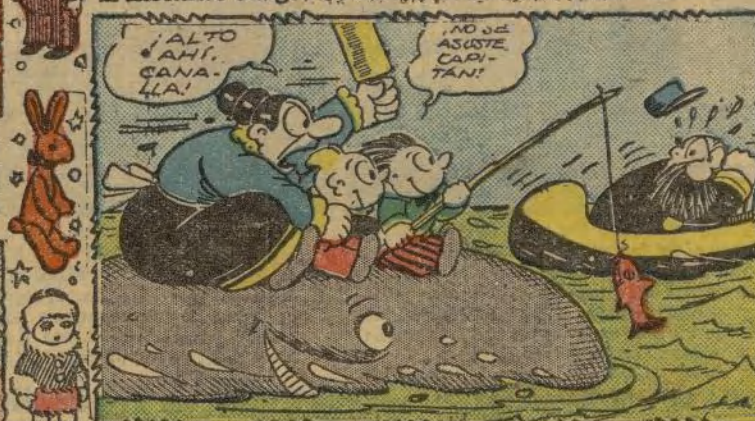
HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



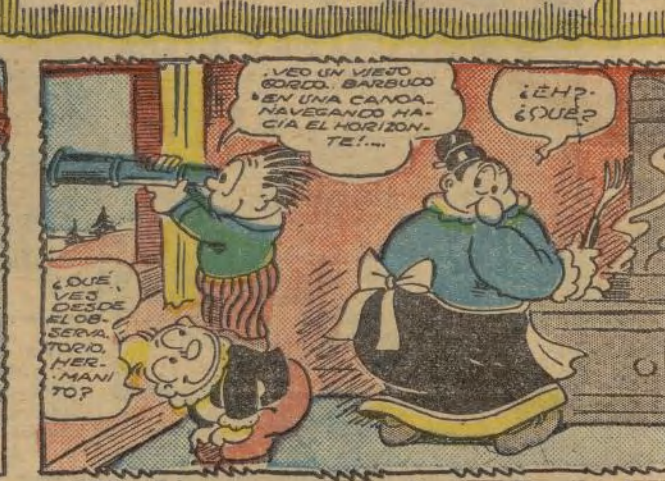
Efectivamente, conforme habíamos previsto, el capitán, ayudado por sus amigos, consiguió desasirse, y mientras los amigos le preparaban en la playa el barco, Terre-Moto logró huir de nuevo; pero los compinches le habían visto.



Y ante el asombro de la ilustrísima dama, su vástago menor comenzó a exclamar, en el lenguaje de las ballenas, que le había enseñado Tizón, como recordaréis: "¡Adanimuli adaroda, adanimuli!" Y al instante surgió Elvirita, la ballena amaestrada.



"Miserable, cara de buche enfermo—rugió mamá Tecla—. Canta, canta, que dentro de poco te voy a meter un pasodoble en la cabezota." Y Perdigon añadió con peor intención que pegar a un primo hermano: "Hola, capitán, ¿qué? ¿De paseito?"



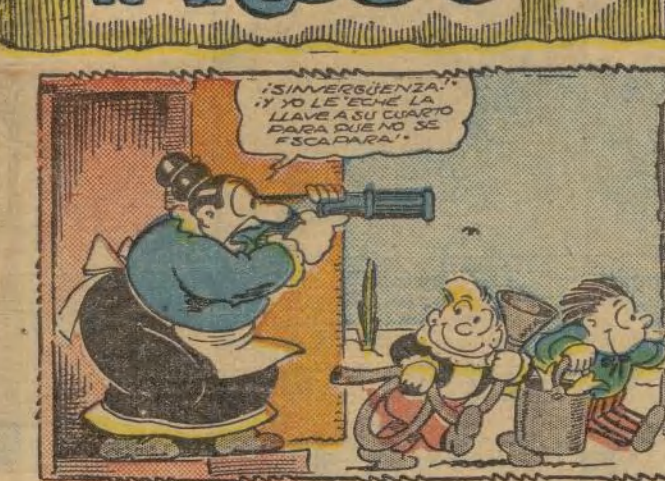
No obstante, y como tenían un plan, los dos pequeños miserables le dejaron escapar sin hostilizarle; a la mañana siguiente hicieron como que se ponían a probar un catalejo, y, de pronto, Tarugo lanzó un aullido: "¡Que se escapa!"



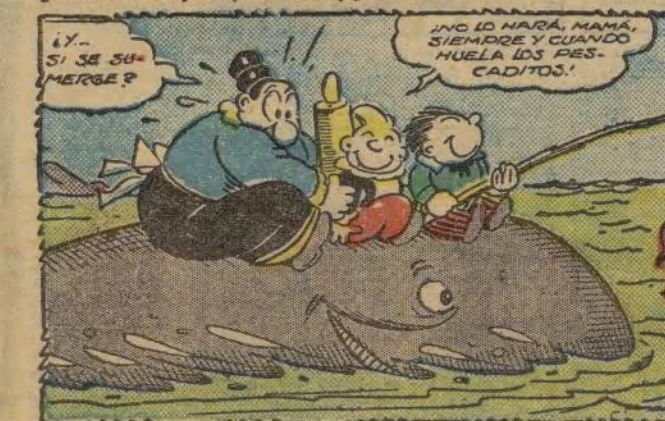
Elvirita, la simpática e inteligente ballena, así que vio a sus antiguos amiguitos, movió la cola de gusto y exclamó: "Porlscatim pum pim", que en el lenguaje de las ballenas amaestradas significa: "¡Su bid cuando queráis, ninchis!"



A todo esto, Elvirita, el "as" de las ballenas amaestradas, había dado alcance a la barca del fugitivo, y entonces mamá Tecla entró en acción, mangándose los brazos con unas intenciones tan significativas, que se oía el arnica.



"¿Quién se escapa?"—preguntó mamá Tecla ingenuamente. "El capitán, mamá; se escapa en una barquilla." "¿Que se escapa?"—rugió la ilustre dama con uno de aquellos prontos que hacían temblar las paredes—. ¡Ah, canalla, ya le veo!"



Los tres aventureros montaron en el lomo de la simpática Elvira, y, valiéndose de una sardina completamente podrida, que era el pescado favorito de Elvirita, la dirigieron en la dirección tomada por el fugitivo capitán.



Y, efectivamente. Al fugitivo le tuvieron que transportar completamente "groguy" en una carretilla y con un chichón en lo alto de la tapadera de las ideas que parecía la Sierra del Guadarrama vista con unos prismáticos puestos del revés.



El primer impulso de mamá Tecla fue lanzarse al agua y alcanzar a nado al fugitivo; pero los pilluelos le disuadieron de semejante barbaridad, diciéndole: "Espera, mamáita, que te vamos a presentar a Elvirita."



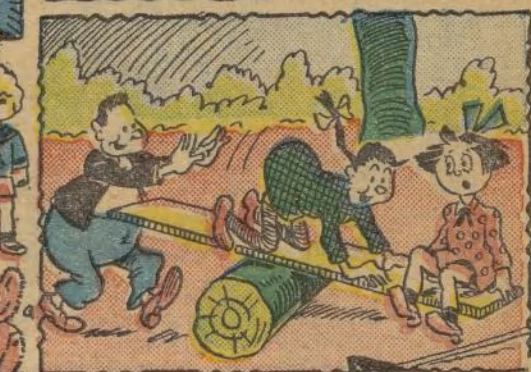
El capitán, que, contento y feliz como una flor que revolotea de mariposa en mariposa, cantaba, sin apercibirse del drama que se le venía encima, "Al África me voy, pilín, plim, plim, y en mis glorias estoy, pilín, plim, plim, plim."



Y para frenar los ímpetus viajeros del contumaz fugitivo, fue encerrado, por orden de mamá Tecla, en la prisión que podéis ver. Pero ahora más que nunca en el corazón del capitán latía el deseo de escapar. ¿Creéis que conseguiría fugarse? ¡Aaa!

(Continuará)

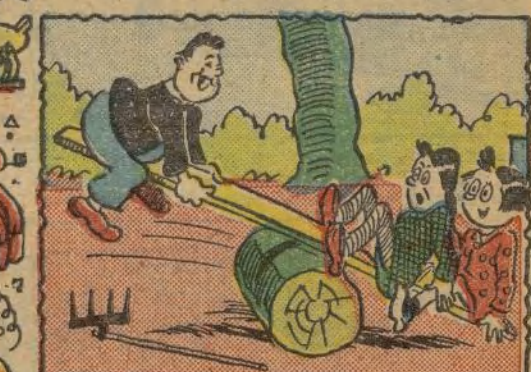
TERESA NIÑA TRAVIESA



Teresa y una amiguita estaban columpiándose, cuando se les acercó un zángano mal intencionado, que dio



un empujón a la amiguita de Teresa para que dejase libre el extremo de la tabla y columpiarse él. Teresa, siem-



pre ocuriente, cogió un rastrillo que había a su lado y lo tiró debajo de la tabla, y, al descender el antipático



gordinflón, los pinchos del rastrillo atravesaron la tabla y recibió cuatro formidables pinchazos en el sitio de sentarse.

Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Laura se plantó en la carretera dispuesta a morir, pues no podía dar un paso más. Las garritas se le habían inflamado de tanto andar.



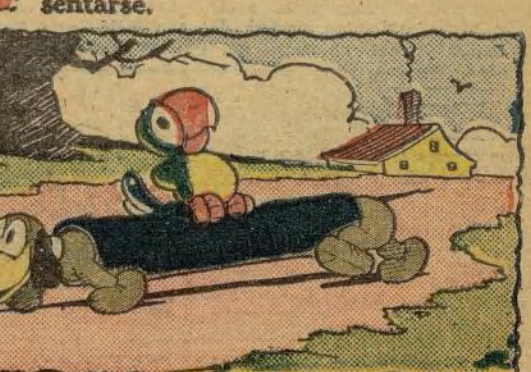
Kilómetro, fiel a su juramento de no separarse jamás de Laura, sacó fuerzas de flaqueza y ordenó a su amiga que montase encima de él.



Pero el heroico Kilómetro, como tenía la tripa tan vacía, comenzó a rendirse, y el peso de Laura le hacía arrastrar la barriga.

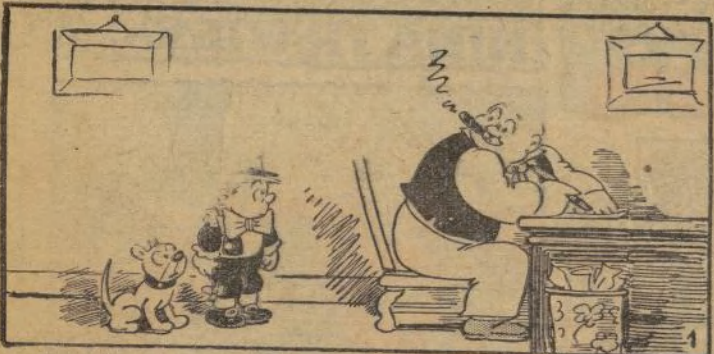


"Nos morimos"—exclamó Laura—. Mas de pronto lanzó un grito: "¡Kilómetro, podemos seguir adelante sin que te arrastre la barriga!"

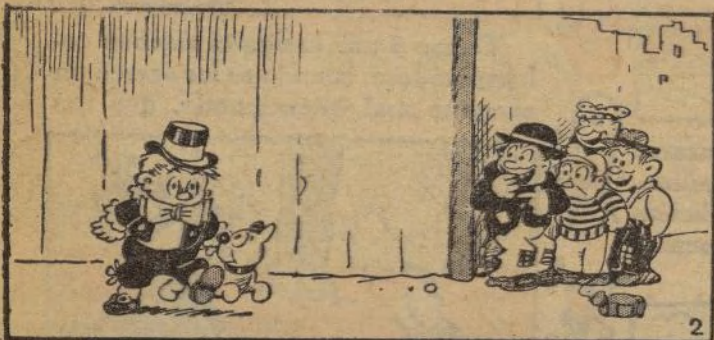


Y la ingeniosa Laura convirtió a su compañero en un tanque blindado, a prueba de desflecimientos, prosiguiendo su jornada.

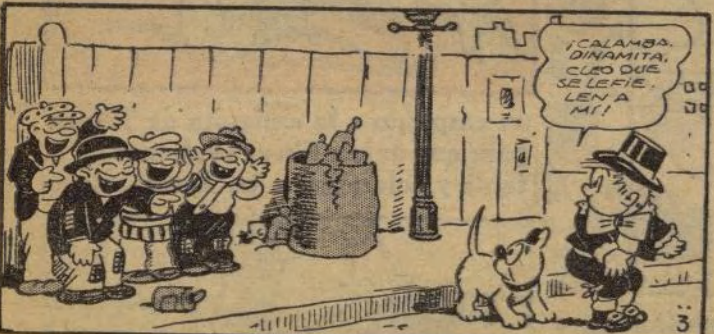
DON SIMPLÓN Y DINAMITA



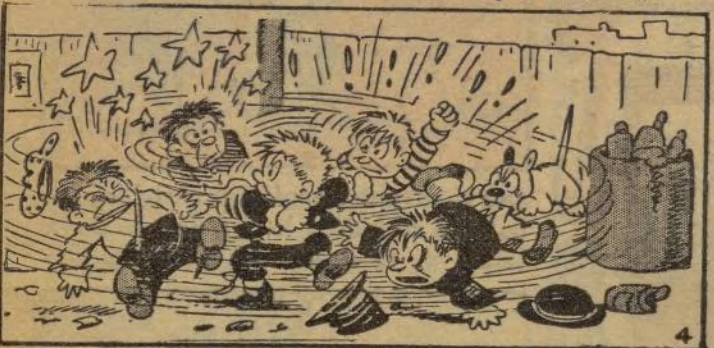
Don Simplón, deseoso de que Telesforo se luciera, les ordenó a él y a Dinamita que salieran a dar un paseito por la ciudad. "Nos van a mata", pensó Dinamita.



Telesforo tenía la completa convicción de que con aquella ropita estaba como para que le "achagasen", y bien pronto su presencia fué advertida por una pandilla de golfantes.



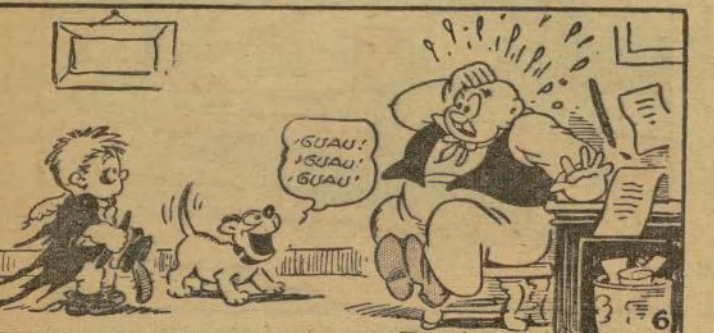
"Mirad qué niño tan bonito", chilló uno. "Parece un anuncio de una película cómica". "¿Se ha adelantao" el Carnaval?" Y así comenzaron a tomar el pelo a Telesforo y a Dinamita.



Todos sabéis quién era el bestia del nene; así es que, al sentirse ofendido, arremetió contra la pandilla, y la batalla de Lepanto fué un juguete cómico comparado con aquello.



A los pocos minutos el bestia del nene se había hecho el amo, y recogiendo los restos del trajecito, que había quedado hecho unos zorros, se alejó del campo de batalla.



"Pero, ¿qué es esto?", gritó don Simplón, medio desvanecido al ver entrar a los combatientes. "Pos nala, señor Simplón; que nos hemos lucido, como usted nos mandó", repuso el bestia del nene.

MIKITO Y DON HIPOPÓTAMO



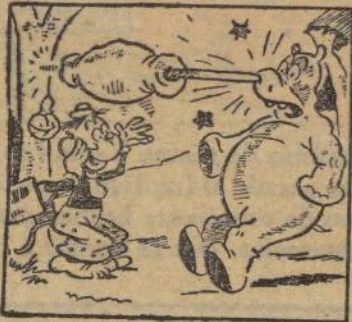
Don Hipopótamo había invitado aquella mañana a Mikito a pasar un día de campo, y ambos se preparaban para partir.



Pero don Hipopótamo, con eso de que sufría de reuma, cargó a Mikito con las cestas y la tienda de campaña, llevando él...



... el paquetito de los dulces. "Pondremos aquí la tienda", dijo don Hipopótamo; y Mikito se arrimó tanto a un árbol que...



... el mástil de la tienda de campaña fué a parar a la nariz de don Hipopótamo, haciéndole ver dos estrellas.



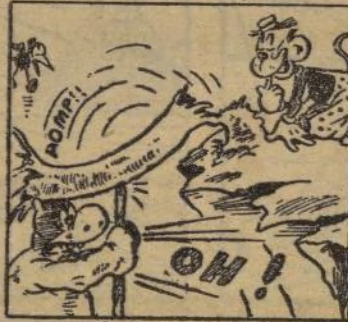
"¡Ahora me las vas a pagar!" rugió don Hipopótamo. "Toma el hacha y parte ese árbol para hacer lumbre".



Mikito tenía poca fuerza, pero por no quedarse sin comer, comenzó la faenita, mientras don Hipopótamo...



... saboreaba el placer de la venganza. Con tanto brío manejó el hacha Mikito, que al minuto el árbol se tronchó...



... yendo a parar a la cabeza del vengativo Hipopótamo, siendo ahora Mikito el encargado de la risa.



Y aprovechando el improvisado tobogán, se deslizó por él, con intención de continuar maltratando al obeso Hipopótamo...



... que recibió en la parte más sensible de su cuerpo una soberbia patada de Mikito, y salió disparado, para...

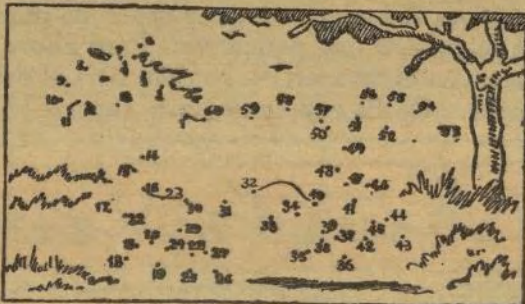


... terminar su carrera en un cenagoso charco, en el que entró de cabeza y en el que no encontraría alivio su reuma.

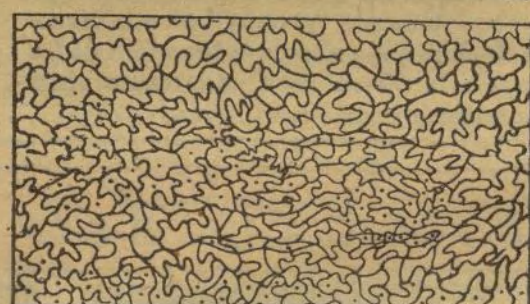


Cuando salió del charco el infeliz Hipopótamo, ya Mikito se preparaba la comida, y castigó sin postre a don "Hipo".

PASATIEMPOS



Unid los puntos por su orden, del 1 al 60, y completareis un bonito dibujo.



Rellenad de negro los espacios señalados con un punto, y veréis aparecer una graciosa silueta.

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



He aquí cómo hay que dividir el cuadro en once partes para que en cada división queden tres estrellas y una luna.



La flecha indica dónde está el amigo de ese señor que, al parecer, estaba solo.

Resumen de lo publicado.— Antonio es un huérfano, que ha sido admitido a trabajar en el circo Smith; pero su tutor, el trapeicista Bepo, está en connivencia con el propietario del circo Waldorff.

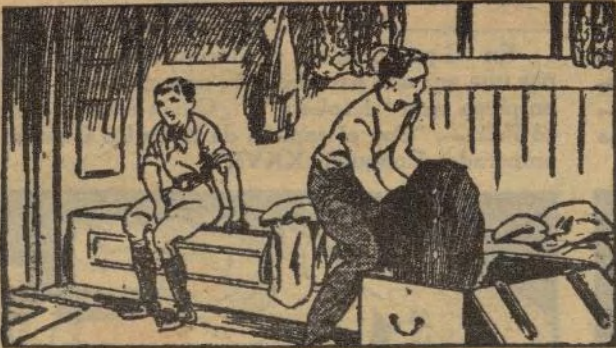
COMPANEROS DE CIRCO



Bepo regresó al campamento del circo y llamó a Antonio. Acudió, obediente, el muchacho, y su tutor le ordenó que entrase en su carro y recogiese todas sus ropas y enseres. "No lo haré", respondió el chico. "Usted no tiene ya autoridad sobre mí".



"Ahora, como siempre, tú me obedecerás y me seguirás", le replicó Bepo. "Yo soy tu tutor legal, y tendrás que abandonar el circo conmigo". Al oír esto, Antonio quedó desconcertado, y por un momento creyó que la tierra se abría bajo sus pies.



¡Abandonar el circo! La orden cayó sobre su cabeza como un mazazo. Inconscientemente entró en el carro de Bepo, y vio cómo su tutor comenzaba a recoger sus bártulos. Poco a poco el muchacho fué volviendo en sí, hasta que decidió: "¡Yo no quiero irme!".



Miró a hurtadillas a su tutor, y, viéndole distraído en el arreglo de su equipaje, se deslizó cautelosamente y salió del carromato. No se había alejado mucho, cuando Bepo advirtió la huida, y salió en persecución del fugitivo.



Antonio echó a correr como un gamo hacia donde acampaban los otros carros del circo; pero Bepo, que también tenía las piernas ligeras, lo alcanzó, y comenzó a maltratarlo a golpes y empujones, con la crueldad que le caracterizaba.



Cuando mayor era su furia, apareció en escena el señor Smith, acompañado de su hija Mercedes. Bepo les explicó en breves palabras lo que sucedía, y el dueño del circo pretendió disuadirle de sus propósitos y hacer que se quedase en su circo.



Para ello le ofreció un salario más elevado del que hasta entonces disfrutaba; pero no logró alterar la decisión de Bepo. "Lo siento, muchacho", dijo entonces el señor Smith a Antonio. "Bepo es tu tutor y debes obedecerle". Antonio bajó la cabeza.



Entró luego en su carromato, recogió su pequeño equipaje y, en compañía de Bepo, se alejó. "¡Adiós, Antonio! ¡Que tengas muy buena suerte!", le dijeron a coro los antiguos compañeros del circo, que se habían congregado para despedirle. (Continuará.)

EL PERRITO VAGABUNDO



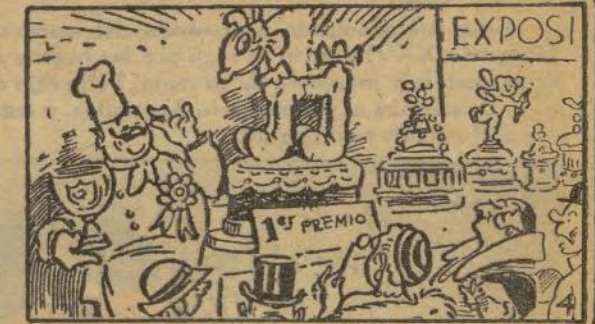
El perrito "Pelanas" iba tranquilamente de paseo, cuando un repugnante borracho, de una patada, le metió por la ventana de un sótano.



Nuestro simpático "Pelanas" sintió el frío de la muerte al creer que había caído en una enorme olla, en la que se cocerían sus queridas carnes.



Pero el perrito se había equivocado, ya que, lejos de morir cocido como si fuera una morella, salió con la ayuda del cocinero y con una buena cantidad de merengues.



Cosa que aprovechó el confitero para elaborar una tarta tan bonita, que le valió el primer premio en el Concurso Nacional de Confitería.



Y así fué cómo el perrito "Pelanas" consiguió darse ese festín que ningún día le puede faltar, y que esta vez supera a todos los anteriores.

EL PEQUEÑO HÉRCULES



Peduguito y Juanito son tan valientes, que la han emprendido a patadas con el "coco". "No voy a tener más remedio que darle con la cabeza de Peduguito, si quiero que se parta", decía Juanito.



Pero la oportuna llegada del pequeño Hércules inspiró a nuestros "peques" una idea de las que sólo entran diez en docena: Pidieron a Hérculitos que hiciera una exhibición de fuerza.



Y en el momento en que iba a comenzar con las flexiones, le colocaron muy disimuladamente el coco sobre su musculoso brazo y le animaron a que siguiera su número de fuerza y destreza.

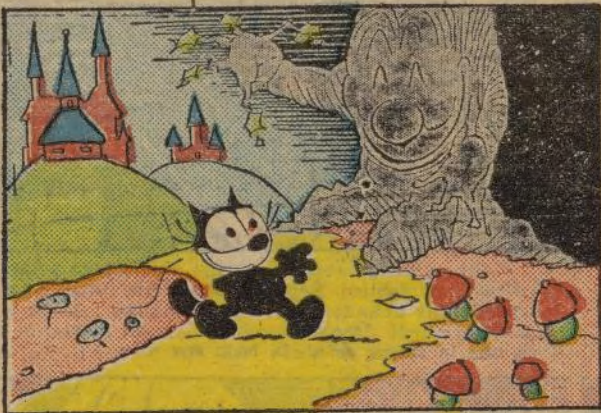


Como tenía más fuerza que siete toros y una vaca, consiguió con una simple flexión partir el coco y ponerse la cara hecha una lástima. Peduguito y Juanito se salieron con la suya.

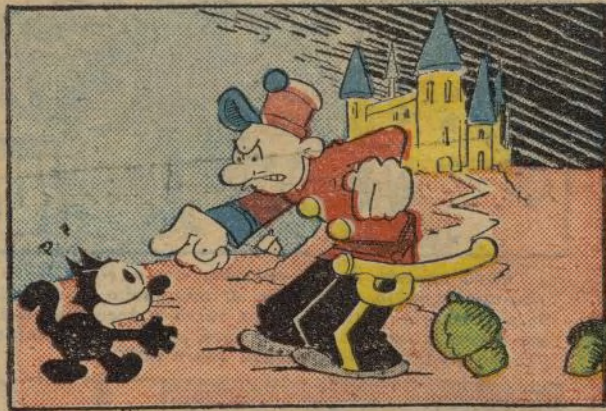
ANDANZAS DEL GATO FELIX



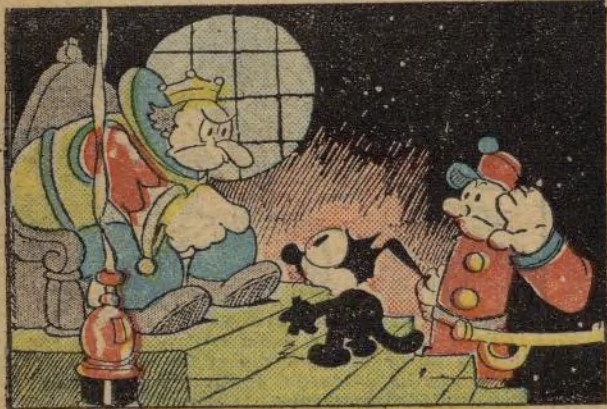
Suavemente cayó Félix en el reino de los sueños, y nada más pisar aquel país de maravilla, ya se sintió feliz, como si le hubiera tocado una batería de cocina en la rifa de una verbena. Millares de sitios incitantes le convidaban.



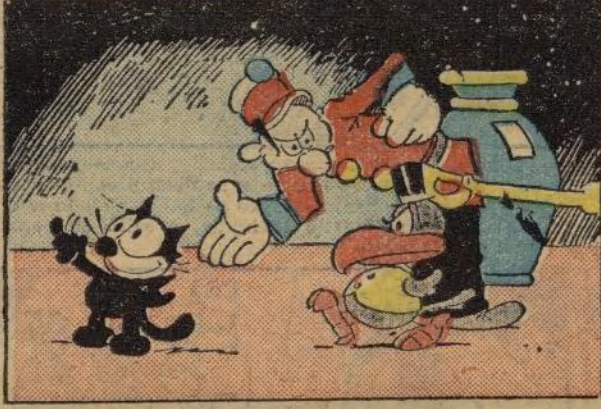
A ojos cerrados eligió un camino por el que sonaban músicas deliciosas y los árboles cantaban melódicas canciones. "Esto es vivir —pensaba el gato— Esto es vivir, y no lo que hacía uno cuando estaba despierto"



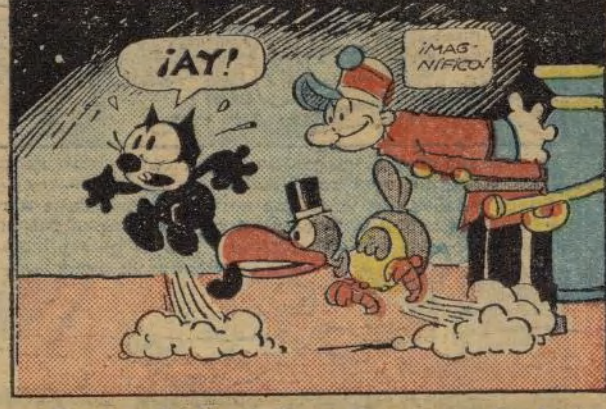
En tal punto de sus cavilaciones fué sorprendido por una voz que parecía la de un guardia de la porra en plena vida "despierta". "¿Quién eres?" —preguntó Félix—, "Soy el capitán de la Dulce Guardia del emperador Ronquido XXVII".



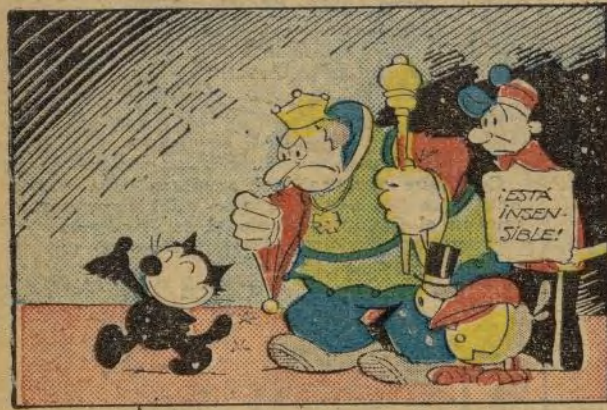
Félix fué conducido a presencia del emperador Ronquido XXVII, quien le rogó por las buenas que se despertase y marchara de su reino. Félix dijo que no se despertaba ni pidiéndoselo de rodillas, y entonces el Ronquido rugió de ira.



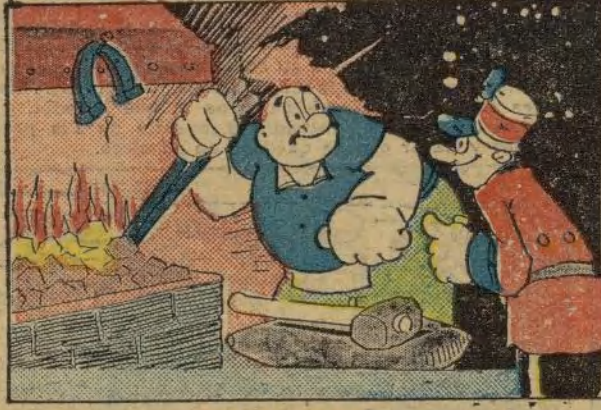
Como Félix se consideraba incapaz de que le despertasen, gracias al bebedizo de los enanitos del bosque, se sonrió con aire de galán cinematográfico y le hizo al Ronquido XXVII el mismo caso que un sordo a una pianola.



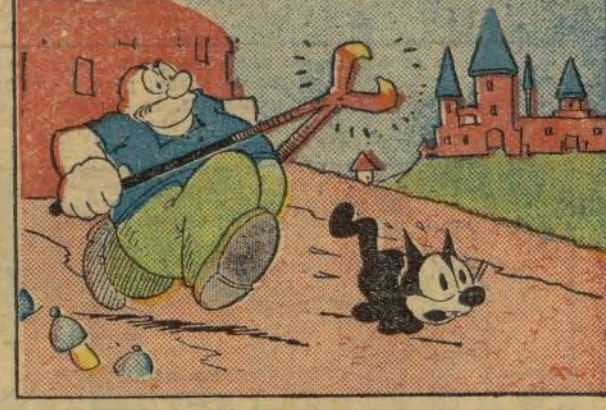
Pero en el reino de los sueños no eran tan tontos que se chupaban el anular, y así, el capitán de la Dulce Guardia llamó al instante al Despertador del reino, el cual cumplió su cometido con un entusiasmo como para que le condecorasen.



Félix, al pronto, sintió un dolor cual si le estuvieran cortando las uñas de las patitas con un serrucho mellado, pero el poder del bebedizo era tan intenso, que el gato se quedó más campante que si acabara de oír un pasodoble con fandanguillos.



Ronquido XXVII, además de ser rey, tenía peores intenciones que una chinche anémica, y mandó al jefe de sus dulces guardias para que se entrevistase con el herrero del reino, que era un tío más feo que pegar a un primo hermano.



El herrero calentó al instante unas tenazillas, así como para rizar el pelo a un rinoceronte, y salió detrás del gato, que, al momento, comprendió que si aquel bestia le echaba las tenazas encima, le iba a dejar para el arrastre.



Y como el tío feo corría más que el vencedor de la vuelta a España en bicicleta, pronto le echó la garra a Félix y le oprimió con las tenazas candentes el rabo, haciéndole dar tal grito de dolor, que derribó tres árboles.



Pero no despertó. Aquel bebedizo tenía más poder que un "cuarenta caballos", y Félix continuó dormido, pero haciendo unos gestos que revelaban que las estaba pasando negras, moradas y de todos los colores del iris, según comprobaron los enanitos.



Mas, así que el dolor se pasó, que fué muy pronto, pues en aquel país los dolores se pasan pronto, el gato se presentó delante de Ronquido XXVII, y le dijo, ocupiendo por un colmilló: "Aquí soy yo el año: ¿ta enteras, so cabezota?" ¿Qué pasaría? (Continuará)